LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

LA JUDIA RESENTIDA

á Don Juan Martinez Villergas.

ODA.

Nada mas santo y justo
que despreciar las lides y bravatas
de héroes de ceño adusto;
pero es pésimo gusto
donde judias hay cantar patatas.

Y alzarlas á la cumbre
de las divinidades, tu que muerdes
á todos por costumbre!...
¿Cuando has visto legumbre
que en prez esceda á las judias verdes?

¿En qué siglo, en qué dias
la patata arrancó, pobre poeta,
su palma á las judias,
fritas, calientes, frias,
secas, ya sin disfraz, ya con careta?

Cantas con elocuencia
de la patata vil la baratura,
sin mirar tu inocencia
que yo enlazo la esencia
de lo bueno y barato á la hermosura.

La patata remeda
del aguador el trage en lo pardusco,
mas para mi se queda
vestir lustrosa seda,
con que las flores del jardin ofusco.

En sociedad con ellas
el rodrigon se huelga en elevarme;
y al ver mis hojas bellas,
racimitos y estrellas,
ni el olmo se desdeña de abrazarme.

Llena de poesía,
sonoramente á los oidos grata
suena la voz *judia*;
pero ¿qué melodía
encierra el nombre rústico *patata*?

Como á deidad ilesa
á la patata rindes mil lisonjas,
porque dices no cesa
de socorrer la mesa
de empleados, de viudas y de monjas.

Y aunque en cuanto al ahorro
esa ventaja concederte quiero,
las judias en corro
damos tambien socorro
al cesante infeliz y al pobre clero.

Si ellas son la delicia,
cual se pregona por Madrid, tan solo
de la Mancha y Galicia,
nuestra raza milicia,
segun dice Buffon, de polo á polo.

Cuando la sarten chilla
la patata infeliz no vale un bledo:
y si por maravilla
nos pruebas en tortilla
te has de chupar y rechupar el dedo.

Con la muger coteja
tu númen á ese fruto que apechugas.
Na hay duda que si es vieja
corren linda pareja
llenas ambas de arrugas y berrugas.

¡Que á tan vil fruto alabe,
provoque envidias y promueva gergas
jóven que tanto sabe!...
Tal locura no cabe
mas que en la mente del atroz Villergas.

¿Ha visto alma viviente
que haya inspirado la patata un dia

en corazon valiente
algun amor ardiente?
Pues un rey se prendó de una judia.

Al verla hermosa y bella
perdió el estribo don Alfonso octavo
y deliró por ella.
No tendran tal estrella
la patata jamás ni el rudo nabo.

Gloria al cisne canoro
que alzó su dulce voz y con denuedo
ante el castálio coro
pulsó el laud sonoro
y cantó á *la judia de Toledo.* (1)

Del templo de la fama
el aplaudido autor halló el camino,
Villergas nos difama
y Asquerino nos ama...
¡Muera Villergas pues! ¡Viva Asquerino!

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

EL NOMBRE DE PILA.

¿Lector, eres casado?... Cuidado, señores, que como esta es una preguntita que se hace generalmente á los loritos, pudiera parecer maliciosa, y suponer en quien la escribe la estravagante ocurrencia de comparar á los loros con los numerosos hermanos que componen la cofradia del estado honesto. Algun principio habia de tener el artículo, y mientras no se me convenza de lo contrario estoy persuadido de que tan bueno es este como otro cualquiera.

Si fuera yo á esperar que ningun lector se tomase la molestia de enviarme alguna incisiva para satisfacer mi curiosidad, probablemente este artículo no llegaria nunca á su segunda línea; por lo que, cuando ha pasado de ella se deduce claramente que el ánimo del escritor no era otro que el dedicar sus observaciones con mas particularidad á los amables cónyuges, por considerarlos jueces mas competentes para el asunto. Y aun de esperar respuesta, tampoco me esperaria la «¡uy, uy, uy, uy que regalo!» palabras que cacarean los papagayos cantopeándose erguidos. ó rozando su corvo pico en su pintada pechuga; puesto que, el matrimonio de todo tiene menos de regalo, pues es oneroso hasta dejarlo de sobra, y tiene mas cargas consigo, que un mulo viejo de arriero, y impone mas gavelas que el presupuesto de una estraordinaria de guerra.

Con paciencia se gana el cielo, no vayas á arrugar la frente, amable lector, antes de dejarme presentar las cosas bajo un verdadero punto de vista, ni acuses ya la *tendencia de mi artículo* como inmoral, porque compare las cargas matrimoniales con las de los machos de arriero, ni con las contribuciones estraordinarias. El matrimonio es una institucion sagrada; lejos de nosotros la idea de atacarla ni en su origen, ni en sus consecuencias; pero sentada esta base, creemos que, sin penetrar en su religion estamos en nuestro terreno sacando á plaza, el ridículo anejo á varias de sus prácticas: es decir que podemos ridiculizar al individuo, sin mancillar al gremio.

Antes de todo conviene que sepas, amable lector, que yo tengo un amigo que pertenece á la susodicha hermandad de los casados; que es un *pobre hombre* segun el dicho de las gentes piadosas que le visitan: un *buen Juan*, segun el de su muger que le manda; y un *calzonazos*, segun el de sus criados que no le obedecen: pues

en la época que atravesamos los que comen el pan de nuestra casa son los que miran menos por su decoro; y la proverbial fidelidad de los antiguos fámulos va siendo una moneda prohibida cuya circulacion no se permite. Ahora bien, el tal Juanillo cuéntame sus cuitas, me llama el paño de sus lágrimas, y raro es el dia que no lloriquea y se lamenta de su negra fortuna que le hizo nacer en hora menguada, siendo el rigor de las desdichas. La que mayor le parece de todas es la locura de su muger; (pues así la llama Juanillo) de creerse filósofa y literata; y tales encarecimientos me hizo de los estraños personages que asistian á la doméstica tertulia de su

(1) Drama del Sr. Asquerino representado en Madrid con estraordinario aplauso.

filósofa mitad, que la curiosidad avivó el deseo, y la voluntad triunfó de mi natural inercia, haciéndome prometerle que asistiria á la noche siguiente á su reunion, pues segun me indicó, tenia que discutirse un asunto de suma importancia, y recelaba que entre todos lo echasen á perder si no habia una cabeza bien organizada que dirijiese la discusion.

Cumplí mi oferta, y al anochecer del dia siguiente me presenté en casa de Juanillo. Hallábanse ya reunidos los tertulios, y conversaban acaloradamente. Apenas me saludaron, y menos se cuidaron de reparar en mi, á escepcion de Juanillo, que me estrechó la mano con el mayor intéres, y que se apresuró á decirme:

—¿Supongo no te irás á incomodar porque no te hayan hecho maldito el caso?

—Nada menos que eso.

—Ya se ve, como tu eres tambien artista estás acostumbrado á sus trotes.

—¡Ola! con que los trotes de los artistas, es decir su trato, pues eso has querido significar, es no hacer caso de nadie?

—Pues; asi dice mi muger. Independencia de opiniones; libertad en todo: nada de cumplido ni de ceremonias.

—Tiene razon; la urbanidad no sirve para nada.

Púsose mi amigo compungido al notar la espresion de mis últimas palabras: pero advirtiendo en mis labios cierta sonrisa de satisfaccion y buen humor, se tranquilizó.

Al tomar asiento en el corro que se agrandó algun tanto para permitirme la colocacion de una silla, Cristina la esposa de mi amigo, me hizo una inclinacion respetuosa de cabeza, indicándome con sus negros y brillantes ojos, cuya espresion era indefinible y verdaderamente encantadora, que escuchase en silencio la comenzada plática. Uno de los presentes adivinando la intencion de la señora, y á fuer de escribano, quiso ponerme en autos segun dijo, y comenzó su relato en estos términos: «Una presunta amiga de esta señora se halla en vísperas de dar á luz un heredero y vistos los antecedentes, ha fallado esta noble reunion que debia meditarse detenidamente sobre el nombre que se habia de poner al párvulo ó párvula que nazca; pues es de suma trascendencia, y aun muy integrante para el porvenir de la criatura. Don Lino, el droguero que es el que me ha precedido en el uso de la palabra, ha convenido en la importancia del nombre bautismal, y aun nos ha referido historias peregrinas de mil desagradables aventuras, por solo llamarse Lino, y confundirle con el que venden en los almacenes de lienzo. A don Lorenzo le toca el turno de la palabra.» Juanillo inclinó la cabeza ácia mi hombro y me dijo. «A este le llama mi muger el crítico.

—Poca edad tiene para egercer tan importante mision.

—Pues no se para en barras. De todos habla mil pestes.

—Entonces no critica nunca, sino que siempre censura. Oigámosle.

—Señores no sé por que ha de ser importante el nombre: es verdad, que yo no sé por que se ha de dar importancia á nada... Qué cosa la tiene en este mundo? Mi opinion era que ninguno tuviese nombre, ó por hablar con mas razon que personas como nosotros no nos ocupásemos de dársele á nadie. Por lo demas no dejo de conocer que el nombre hace al hombre: y que como en el mundo se vive de aprensiones, y como hasta los chicos de la escuela cantan las coplas de María Castaña que dicen:

Cada uno tiene, señoras mias,
sus aprensiones y sus manias.

Es inútil que uno luche contra las preocupaciones de todos. Yo soy un egemplo palpitante de la injusticia. A mi me dicen que estoy quemado con todo el mundo, y me llaman el frito, y el de las parrillas, ¿y todo por qué? porque á mis señores padres se les antojó festejar el santo del dia en que naci poniéndomele por nombre, y como era san Lorenzo....

Soltaron una tremenda risotada la mayor parte de los del círculo; pero duró un momento. Don Casimiro, jóven almibarado, dándose con el bastoncito en la punta de la charolada bota, habló con voz meliflua.

Cierto es cuanto decís, caballeritos: pero hemos desquiciado la cuestion. La influencia social de un nombre bonito está reconocida. Yo me acuerdo que el nombre de Holofernes me tocaba á los nervios desde chiquitin, y que me electrizaba el de Tancredo, y en el dia me sucede lo mismo. Me dá dolor de estómago el tener que saludar á un vecino, y evito casi siempre el llamarle Señor Don Homobono; y en cambio la boca se me hace agua cuando pronuncio el nombre de Carolina, de mi planchadora de las boardillas. En fin, señoritos, será una debilidad, un anacronismo, pero yo no conocia á la que á estas horas es mi dulce esposa y solo la fuí á ver, porque oi á un amigo mio hablar de Armida. Yo que habia soñado tanto con encantadoras: en fin, aquella lo fué para mí y la entregué mi blanca mano; cosa que no hubiera concedido á no tener el nombre de la heroina *della Jerusalemme del Tasso*. Y que un nombre es una

de las cosas que mas ocupan despues á los casados, por supuesto, despues que se ocupan de otras varias, aunque no faltan sus aburrimientos. Porque, se casa V.: á los seis meses, ya tiene usted la preguntita de ordenanza, y ¿no hay novedad en la parienta? — ¿Qué novedades ha de tener?—Hombre, es tan soso un matrimonio sin chiquillos.—Ya, pero aun no es tiempo.—Pero, hombre ¿en que le pasan ustedes?—Estas y otras preguntas han avergonzado tantas veces á mi Armida!... Por fortuna, ya... ya es otra cosa.... Y ahora es cuando digo yo que es una dulzura el ocuparse de los nombres que se pondrán á los niños: y que hay que tener de prevencion para entrambos sexos, pues desde que se van generalizando los partos dobles, es decir, en que nacen gemelitos!... En fin, señores, bajo este punto se ha de presentar la cuestion. No estamos en el caso de disputar sobre una cosa de importancia reconocida, sino únicamente en el de buscar nombres que puedan ser como una cartita de recomendacion para los que los lleven. Me alegraré oir las opiniones de ustedes, para ver si hay alguno que me convenga para mi futuro heredero. Doña Cristina, yo suplicaria á V. que fuese la primera en darnos su parecer, pues desde luego será acertadísimo cuanto se ocurra á un florido ingenio en esta cuestion tan palpitante.»

Doña Cristina respondió. — Yo creo que el nombre no debia ponerse á nadie sino cuando ya por sus acciones se hubiese merecido alguno: y en ese caso que hubiese aplicacion filosófica, debiéndose llamar á los valientes, Alejandros; y Didos á las enamoradas sin fortuna.

—Pensamiento filosófico, exclamó el poeta.

—Discreta ocurrencia, dijo el petimetre.

—¡Necia reflexion! murmuró el crítico.

Juan no dijo nada, pero en cambio abrió los ojos como un energúmeno, y rascándose la frente procuraba descifrarse á sí mismo en que consistiria el gran talento de su muger. Yo no quise aclararle entonces el misterio; pero á no quedarme duda ninguna lo que todos admiraban en doña Cristina era su hermosura, aunque por pretesto se hubiesen empeñado en decir que era su filosofía. Don Lino volvió á anudar la interrumpida plática:—Yo creo que si es niño se le podria llamar Pedro, que es un nombre sencillo.

—Qué estravagancia, le interrumpió el elegante, yo no podria figurarme ningun Pedro, sin su calva de cerquillo correspondiente y su llavon en la mano como el Apóstol.

—Es, que poco importaba que á V. se le figurase asi, si no era.

—Siempre es un escollo que era preciso evitar!

—Aquí no se trata de escollos sino de nombres.

—A mi me parece, para niño mas propio Constantino.

—Amigo mio, dijo el crítico entonces: yo no llamaria á ningun hijo de mi muger por ese nombre. Constantino fué hijo de una esclava.

—Y luego un hereje como una loma, añadió Don Lino.

—Pero en cambio, interrumpió la señora de la casa, tambien se convirtió á la fé, y protegió la religion.»

El poeta, que encontró coyuntura para apoyar la proposicion de tan amable filósofa, dijo:

—Yo estoy por el nombre de Constantino: su parte ideológica es muy significativa, pues parece que se deriva de constancia y de constante, y esa es una gran recomendacion para las damas: y la recomendacion de las damas es una gran recomendacion para el mundo, y una carta de seguridad para hacer suerte. Luego despues es un nombre muy amoroso y poético. Tiene unos consonantes deliciosos.

Adorado Constantino
á quien el alma rendí.
Te amé desde que te ví
así lo quiso el destino.
Tú eres el ángel divino
que en el desierto camino
á donde Dios me arrojó,
con la luz me iluminó
de su rostro peregrino.

y otros mil y mil consonantes que darian gana á cualquiera poetisa de encapricharse de un hombre que se llamase asi, solo por encontrar unos pies tan armoniosos, y que tanto se prestaban á su concepto.

—Estoy yo pensando, esclamó Juan, si en lugar de tener ese nombre de Constantino la odealogia ó como V. la llama, de Constancia, no la tendrá mejor de con-tal-tino; un hombre que lo hace todo con mucho pulso.

—Está muy bien descifrado, esclamó D. Lino.

—Calla, y D. Lino es tambien consonante de Constantino; este consonante, señor poeta, ya no es tan fino.

—Y aun hay otros que lo son menos, señor don Casimiro, como tocino y pollino.

—Es verdad.

—Y á V. ¿qué le parece? me preguntó entonces la señora.

—Que es un nombre que puede ponerse muy bien; y que no me pareceria tampoco mal aplicable á una niña.

—Si; pero para niñas los hay mas significativos.

—Convengo.

—Para niña, Armida: no se cansen ustedes, exclamó el petimetre.

—A mi las mugeres, cuanto mas positivas mas me gustan: y me incomoda que aun en el nombre tengan nada de fantástico. El mas sencillo es el mejor. María, Cecilia..... Yo estoy por estos, dijo el crítico.

—Hombre, no, por Dios! Se me figuraria siempre que era una chanza. No estoy por las Marias, desde que se las llama Marujas y Maricas, lo primero, porque trasciende á bruja á cien leguas; y lo segundo, porque me recuerda á esos pajarracos tan feos, y de un chillido tan agudo y fastidioso, que ya... ya...!

—Yo he visto, exclamó D. Lino *Cecilia la ciegecita*; y el muchacho de la tienda está siempre deletreando un librito..... *María, ó la inclusera*.

—Para nombre de dramas, esclamó Juan, mas me agrada Rosmunda.

—Que mal gusto tienes en todo, esclamó su esposa.

—Ya se ve que si, prosiguió el poeta. Vea V. que consonantes para su composicion. «Rosmunda é inmunda.» Nada: yo estoy por Cristina ¡es tan bonito! Divina, fascina, peregrina etc. etc. y que es muy célebre en la historia antigua.

—Tambien nombre de noveluchas, dijo D. Lino.

—Y ademas, prosiguió el crítico, en la historia es célebre; pero lo es acaso por sus escándalos.

—Y por sus virtudes, y por ser protectora de las artes!

—Y asesinó á Monaldechi.

—Y instituyó una orden de caballeros.

—Vamos, paz señores; desechado el de Cristina, dijo Juan. Lo mejor será que no nos quebremos los cascos, y que se le ponga el del santo del dia en que nazca.

—Seria un chasco, dijo el petimetre, que naciese el dia de mi vecino, y que hubiese que poner á la niña doña *Homobona*.

—¿Y Lucrecia?

—Es un compromiso; porque si no sale muy casta y desvirtua el nombre.

—¿Y Catalina?

—Todo el mundo la comparará con la de Médicis que asesinó quince mil protestantes.

—¿Y Leonora?

—Nombre de comedia.

—¿Y Purificacion?

—¡Nombre de monja boba!

—Está visto, señor crítico, que la niña se quedaria sin nombre por su gusto de V.

—Lo que es indudable es que estamos perdiendo el tiempo.»

Me hizo tanta fuerza la observacion de Juan que me levanté maquinalmente, y escusándome por un negocio urgente que reclamaba mi presencia en otra parte, abandoné aquel conciliábulo de locos.—

A los pocos dias encontre á Juan mas triste y pensativo que nunca, y le pregunté la causa de su tristeza.

—He dado una picia.

—¿Pues cómo?

—La vecinita ha salido del paso. ¡El chiquillo es una alhaja! Se ha lucido mi compadre Eulogio Lanas!

—¡Ola! ¿Y qué nombre tiene el recien nacido?

—¡Pues ahí está! entre una docena, elegidos de emperadores romanos, piratas célebres y músicos, nos hemos visto aturullados para escoger un nombre para el chiquitin; se ha estado el angelito dos dias sin cristianar, porque no habia convenio entre las partes beligerantes; empeñado don Lino en que se llamase Timoteo, que fue el santo del dia en que nació y porque indica temor de Dios: inclinándose el poeta al de *Constantino*, mi muger al del poeta, y el crítico al de ninguno, ó al suyo: hasta que incomodado Eulogio y echando á paseo á todo el mundo, se empeñó en que se le pusiese el de su padrino de pila.

—Fué acertada disposicion.

—No tanto como se os figura; porque como yo le he tenido en brazos, y yo me llamo Juan....

—¿Y bien....?

—El se llama Juan.

—Nada mas positivo.

—El inconveniente es la cola.

—¿Cómo la cola? ¿La cola de Juan?

—¡La cola del nombre! el apellido... porque yo me llamo Juan Fernandez; pero mi amigo se lla- Eulogio Lanas....

—De modo que despues de tanto discurrir, lo que han hecho Vds. ha sido un *Juan Lanas*! Con efecto no debe estaros muy agradecida la criatura y esta estraña coincidencia me hace sospechar que en un siglo tan insustancial como el nuestro, es un pecado mortal, sabiendo que hasta en los nombres hay fortuna, el no desvelarse sériamente en escoger el nombre de pila; aunque desanime el ver que la casualidad es mas poderosa que la intencion, como lo demuestra el nacimiento de nuestro pobre Juan Lanas.

G. Romero Larrañaga.

UN GEÓMETRA.

No he visto un pueblo como este:
desde tiempo inmemorial
escudriña el bien ó el mal
allá en la region celeste.

Conforme mi miedo esquiva
lo que hay de tejas al suelo,
á él solo le dá recelo
lo que hay de cielos arriba.

Ni que baje en torbellino
vapor que á los aires sube
y piedras suelte una nube
como ruedas de molino;

Ni que acá mande Jesus
en los nublados que espeta
mas rayos que una carreta
y mas truenos que un obus:

Ni que el mar en son de guerra
insulte del sol la cumbre
cuando vomitando lumbre
rompe sus venas la tierra:

Ni que en tan raro progreso,
que mal mi péñola pinta,
la leche se vuelva tinta
y el raton no coma queso:

Cuéstele lo que le cueste
oye, ve y nada pronuncia
si los sucesos no anuncia
una aberracion celeste.

Y es tal el pueblo español
cuando atisba su destino
que no se le da un comino
de los eclipses de sol.

Teme á la fatal fortuna
viendo el cuerno de una cabra
y no dice una palabra
de los cuernos de la luna.

Mansito como una malva
juzga á un lucero enemigo,
aunque el lucero que digo,
sea el lucero del alba.

Mas quien sin miedo atropella
por luceros, luna y sol,
como en concha el caracol
se oculta en viendo una estrella.

Y no al verla toma pipa
porque la nazca una oreja,
crie un colmillo en la ceja,
ó tenga un ojo en la tripa:

Lo que teme el pueblo bravo
mas que el colmillo ó el ojo,
lo que le da gran enojo
es que la tal tenga rabo.

¡Rabo! fatal ocurrencia,
y el pavor bien se adivina
porque un rabo hay quien opina
que es cosa de trascendencia.

Y callo, que al fin y al cabo
el mismo asunto me obliga
pues no quiero que se diga
que me apeo por el rabo.

Hablaremos de esa estrella
que sin carta ó pasaporte
se ha presentado en la córte
y dicen que fuera de ella.

Por la sombra del bagaje
debió el cometa cruel,
pasar de Carabanchel
y aun alojarse en Getafe.

Así calculaban varios
cuando el cometa veian
y sobre la cola hacian
infinitos comentarios.

No hubo una persona sola
que no hablase con certeza
ya apuntando á la cabeza
ya señalando á la cola.

¡Hambre! clamaba un enjambre
de pobres, y no me estraña,
que en cuaresma y en España
se pasa dos veces hambre.

No señor, dijo un agreste,
¿no observais la conclusion
del color del sarampion?
Es peste, peste, y muy peste.

¡Mirad! ¡con voz de becerra
dijo otro, ved, desde aqui
diviso á Mehemet-Alí!
Es guerra, guerra, y muy guerra!!!

Y con efecto señores
supimos que en Mariblanca
lidiaban con una tranca
dos soberbios aguadores.

II.

En la casa de la ciencia
(claro está, pobre y oscura)
y en una cama de sabio
ruin colchon y malas fundas.
Proyectando *líneas rectas*
ó calculando las *curvas*
mientras algunos descansan
y en tanto que otros manducan,
Quiero decir asustando
de sus ganas la bravura
con quintales de *catetos*
y arrobas de *hipotenusa*.
Está un infeliz *geómetra*
solo, sin gresca ni bulla
que de resolver le prive
la operacion que calcula.
Sorbe polvo y se espereza,
y sorbe mas y estornuda;
á veces habla y sonrie,
y á veces el gesto arruga.
Y cual si estuviera entonces,
de santa Cruz en la punta,
distraido ácia el *cometa*
los ojos en valde aguza.

«A ver, dice, si voy algo sacando
antes que ese cometa se me eclipse,
ora un *paralelógramo* trazando
ora circunscribiéndole una *elipse*.

No parece cometa, es manga ó globo
de fuego condensado en la region....
voy, voy á ver si observo, no soy bobo,
las líneas de *incidencia ó reflexion.*
Optica y *líneas* servirán lo propio
luego verán mi cálculo esos tábanos.
Mas.... ¿qué me han de servir sin *telescopio*
ópticas ni *parábolas* ni rábanos?

Si Newton trabajó fue porque pudo.
Arago que trabaje, mas yo no,
que estoy tan dado á Barrabás que dudo
si ahorcar los libros ó si ahorcarme yo.»
—Dijo, y á duo entonaron
el canto de sepultura
dos ratones que pisaban
su barriga y su peluca.

—¿Qué hace este tonto?—El primero
al compañero pregunta.
—Espacios imaginarios
(el otro responde) cruza.
—¿Porqué en el cielo no piensa
y no en las rectas y curbas?
—Antes por ganar el cielo
quiere morirse en ayunas.
—¿Y porqué hablaba de *manga?*
—No lo sé? pero sin duda
sabe que hemos magullado
las de la chaqueta suya.
—¿Y qué habló de *reflexion*?
—En la reflexion se *funda;*
mas cuando se muere de hambre
no creo que él tenga mucha.
—Un hombre que sabe tanto
ha de morir de gazuza?
—En España eso sucede,
mas pobre es quien mas estudia.
Mientras sábios catedráticos
de la Academia, disfrutan
seis mil reales (nominales:
porque no los cobran nunca)
porteros hay de oficinas
que catorce mil se chupan
por fumar, ver los periódicos
y platicar con las viudas.
—Pues entonces este nécio
porque cabila y calcula?
—Porque ante el amor de gloria
no hay pasion que no sucumba.»

Y otro y uno y uno y otro
dientes aguzando y uñas
encarnizados embisten
al de la triste figura.
Y como corren y brincan
y como saltan y cruzan,
mirando á entrambos la cola
el pobre diablo se asusta
diciendo: yo vi cometas
con mas cola que una burra;
pero estrella con dos rabos
el juicio final barrunta.

—

Y aqui se puede hacer punto;
pues ya que escribo estos versos
viendo grabado el asunto
y ván saliendo perversos,
tambien el final barrunto.

No conservo en la memoria
y como soy que lo siento
la conclusion de la historia:
por eso se corta el cuento
aqui paz y despues gloria.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

AMBIGÚ.

Reglas que se han de observar en la mesa, y arte de trinchar y servir.

¡Cuantas y cuan varias son las reglas que se han de observar en la mesa! ¡Qué de incongruencias se han de temer! La precipitacion al sentarse, la eleccion de un puesto que no nos conviene, una ostentacion de apetito pueril, ojos ávidos sobre los manjares, un aire goloso, unas manos siempre en movimiento, los dedos de continuo mojados y poca limpieza, son unas asquerosas groserías. Debe siempre evitarse 1.° el roer golpear y sorber con ruido los huesos para sacarlos la médula: 2.° romper los huesos de la carne ó fruta: 3.° hacer ruido, mascando ó bebiendo: 4.° entrar en el plato comun, salsera etc., cuchara usada ó pan mordido, ó usar para su plato de la cuchara comun. En suma, es cosa indecente el sentarse á la mesa ó levantarse de ella antes que los otros; el manifestar preferencia á ciertos platos sin dar una razon que la justifique; el estrañar ciertos platos, aunque para nosotros sean nuevos, y el decidir magistralmente sobre los manjares, sus condimentos, y mucho menos acerca del precio y escasez de ellos sin grande oportunidad.

Sepan, pues, todos los que lean este AMBIGÚ y quieran aprovecharse de su lectura, que en la mesa es donde menos puede ocultarse el menor defecto: se deben observar las cosas repugnantes en los demas para evitarlas ellos, como son, el comer muy aprisa ó muy despacio, porque lo uno arguye miseria, hambre, gula, y que han ido solo á comer; y lo otro es decir que no les gusta la comida, y que así entretienen el tiempo. No deben estar callados siempre en la mesa; al contrario alegrarla con chistes y conversaciones festivas, pues no es la hora ni el parage de tratar de asuntos graves, ni tampoco hagan del charlatan ó el gracioso, porque no crean los otros que se les ha calentado la cabeza: no hagan melindres oliendo cada plato, y dejándole de comer despues de hacer un gesto, porque es tachar al dueño de la casa, y causar asco á los convidados: no coman tampoco de todos platos sin escepcion porque pueden grangearse la fama de tragones ó golosos. Cuiden sobre todo los iniciados en este precioso arte, de comer con limpieza, en fin, no olviden que la falta mas mínima en la mesa es un defecto capital en ellos de lesa gastronomía; y para que su instruccion sea completa en esta ciencia tan grata como provechosa, aprendan y practiquen agradecidos las reglas siguientes tan conformes á sus principios para trinchar y servir los manjares, tomar y ofrecer las bebidas.

Variedad de artes cisorias tenemos en todas lenguas; pero en realidad el método mas cómodo, grato y libre de inconvenientes para repartir los manjares, prevenir que se saquen á la mesa ya trinchados, pues es cosa que causa lástima ver á un gastrónomo bien educado estar trabajando á destajo toda la comida, haciendo disecciones de carnes, piernas, costillas, aves y pescados, formando líneas sobre ojaldres, budides, pasteles etc., y apenas probarlos, como otro Tántalo en medio de la abundancia de comida, bostezando de desmayo, empalagado y ahito de tufo, si es que por fortuna no se le ha echado á perder el mejor chaleco ó pantalon con algo de grasa, ó no se hace algun corte que le quite todo el gusto de haber complacido á los otros con su servicio, ó no reciba un bochorno de algun imprudente que le diga, amigo, esta ensalada podia estar aderezada segun arte, pero se conoce que á V. le sobra la sal, pues la derrama sin medida, y otras imprudencias de algun insulso decidor.

1.° Cuidará el gastrónomo que ha de repartir de situarse á distancia proporcionada á todos los convidados.

2.° Prevenga, si está en su mano, que el trinchante y cuchillos esten bien acondicionados, para sujetar y dividir los manjares sin machacarlos, destrozando las presas, y salpicando con las salsas.

3.° Debe comenzar á servir los platos por las personas principales, ó por las que se hace el convite: prefiriendo en igualdad de caso la señora al caballero, quien la servirá estando á su lado.

4.° Repartirá de tal suerte de todo que siempre sobre y nunca falte, ni con escasez ni con demasía. No servirá plato ya servido, ni con cucharon ó cuchara que haya tocado guiso diferente: para lo cual se dejan los platos con el cubierto cruzado si hubiere abundancia y proporcion.

5.° Se anuncian las sopas que haya, para que cada uno pida, y se servirán con el cucharon, así como los garbanzos, verdura, menestras, caldos ó salsas, atendiendo en lo mejor á los principales y señoras.

6.° El cocido regularmente se presenta en fuentes aparte: repartirá garbanzos y verdura, trinchando despues la vaca en ruedas no gruesas al través; el carnero al hilo de las costillas; los chorizos en rayas, y el jamon como la vaca, en uno ó dos platos que hará vayan pasando, para tomar cada uno lo que guste.

7.° La vaca ó ternera cocida ó asada se cortará al través por la ternilla; junto al hueso es mas sabrosa; y tambien se cortarán en rajas no gruesas todo género de lenguas, de las cuales agrada generalmente mas lo gordo.

8.° El lomo de becerro, lechon, carnero, se trincha al hilo y al través en pequeñas lonjas; el delicado riñon y solomillo en pequeños pedazos. *(Se continuará.)*

NOTA.

Para poder adornar con una caricatura la composicion de D. Ventura de la Vega que debia haberse publicado en este número, se difiere para otro de los números inmediatos. Se están preparando otras producciones de los señores Breton de los Herreros, Zorrilla, Gil de Zárate, Hartzenbusch, Príncipe, Aribau y demas privilegiados ingenios de esta córte. Los escritores de las provincias si remiten al director de la *Risa* alguna composicion jocosa, se publicará siempre que venga en carta franqueada y merezca la aprobacion de la comision de censura.

Madrid.—1843.
IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.